

MILAGRO de la Pintura, perla del Louvre, hechizando e inquietando al mismo tiempo con su mirada misteriosa y su sonrisa impenetrable, la Gioconda es la joya más rara del famoso *Salón Carré*, donde sobresale en medio de cuadros del más puro abolengo artístico: de los Rafaeles, de los Tizianos, de los Murillos, de los Rembrands y de los Van Dycks.

La enigmática Mona Lisa aparece con la cabeza imperceptiblemente vuelta hacia el lado derecho; cruzadas a la altura del talle las manos

próceres que descuellan sobre el vestido cuyos colores sombríos eran invento de Leonardo; el sedoso pelo, partido en mitad de la frente, cae ocultando los hombros aunque marcando su graciosa curva; sus ojos atraentes y sus labios serpentinos irradian animados por inescrutable sonrisa que destila la miel de la dulce promesa a la par que asesta el dardo de la burla sutil. En un fondo de aguas serenas y de acantilados imprecisos campea su figura de vagos contornos y de sombras suavizadas, cuyos efectos encontraba el portentoso artista pintando a la luz amortiguada de las bujías.

El Rey Caballero le tributó su regia admiración; las áureas plumas de Vasari, de Théophile Gautier y de Walter Pater la alabaron en cláusulas de eterna belleza; los museos más

célebres la codician para una de sus galerías; los millonarios aficionados la desean en uno de sus salones; enjambres de enamorados languidecen quejándose de su coquetería, y turbas de pintores pugnan en vano por reproducir su misterioso atractivo.

Nunca fué más sentida la muerte de una reina que la desaparición de Mona Lisa de su palacio del Louvre. Ninguna nueva como la de su hallazgo causó igual regocijo.

El Conde Vladimiro Zobief era un gran señor ruso que derrochaba en París las sumas fabulosas que le producían sus minas de Siberia.

Al refinamiento de los polacos adunaba la barbarie de los tártaros.

En su residencia de los Campos Elíseos, unas veces organizaba saraos presididos por la mujer del Embajador de todas las Rusias, durante los

cuales divertía a las damas parisien-
ses con los fuegos de artificio de su
conversación o las deleitaba tocando
en el piano inquietantes improvisa-
ciones, en tanto que otras veces aga-
sajaba a sus amigos con comidas en
que imperaban el caviar, el vodka y
el champagne, y se prolongaban has-
ta el alba que los sorprendía entor-
pecidos por la borrachera. Con el
gusto exquisito de un conocedor com-
praba artísticas chucherías y lo fasci-
naban los colores vistosos como a los
salvajes. Ocasiones había en que era
arrastrado por desordenada concupis-
cencia, y ocasiones en que pasaba las
veladas escribiendo cartas platónicas
a su novia moscovita.

Al cabo de poco tiempo fué presa
de una preocupación cuya causa na-
die comprendía, y que no lograban
disipar ni sus triunfos mundanos, ni

el vértigo del baccará, ni el fuego del
vodka, ni los encantos de las más ele-
gantes cortesanas. No era capaz de
impartirle consuelo ni su piano de
nervios sonoros donde daba vado a
todas las rarezas de su paradójico
temperamento. Quizás lo atormenta-
ba un amor contrariado. Tal vez sen-
tía la nostalgia del Neva. Probable-
mente lo ensombrecía el tedio de po-
seer todo.

Después de despedir al último de
sus invitados una noche en que había
dado un espléndido baile, penetró en
su estudio enriquecido con libros pre-
ciosos, tibores chinos y tapetes tur-
quescos. Allí, arrellanándose en un
sillón forrado de artístico guadama-
cil, permaneció pensativo arrojando
al aire las hélices azules de su pitillo
del Cairo.

No pensaba en ninguna de las her-

mosas damas que habían brillantado sus salones ni recordaba ninguna de las anécdotas contadas por sus huéspedes con parisiensè agudeza.

Pidió al copero una botella de champagne y al quedar solo cerró sigilosamente la puerta. Después de apurar varias cañas del líquido burbujeante, corrió uno de los tisúes de oro mortecino con que estaban tapizados los muros y descubrió un cuadro de la Gioconda.

Con los ojos y el gesto de un alucinado así se dirigió entonces a Mona Lisa:

—Quiero que seas mía, tan mía como lo fuiste de Francisco del Giocondo.

Deseo palpar la seda de tus luctuosos cabellos; ansío verme en las lagunas encantadas de tus ojos; codicio poseer tu boca alucinante; anhelo des-

fallecer acariciado por tus manos principescas.

Si te tienta el lujo yo te daré estolas de zorros plateados; collares de perlas de Ceilán; esmeraldas de Colombia; zafiros de Cachemira; rubíes de Burma; diamantes del Brasil; jades de Kwen Lung; turquesas de Visapur; ópalos de México y alejandritas de Eskaterimburgo; carruajes tirados por caballos ingleses; automóviles como salones ambulantes; lebreles rusos de hocico aguzado; perros japoneses de pelo de seda y falderos de Chihuahua que escondas en tu manguito de chinchilla; hoteles de salones ajuareados con muebles de París y tapizados con alfombras de Persia; yates adornados como palacios y un libro de cheques para realizar todos tus caprichos.

Amame y caminarás sobre las al-

catifas de mis respetos; serás la depositaria de mis ansias y respirarás en el ambiente de mis ternuras.

Después prosiguió cambiando de acento:

—Pero, ¿por qué me respondes solamente con tu mirada malévola y tu sonrisa burlona? Estás a mi merced, y si quiero, tengo resolución para desgarrarte en girones o para convertirte en cenizas. ¿No te seducen mis promesas? ¿No te ablandan mis ruegos? ¿No temes mi resentimiento?

Eres fría como el agua y dura como los cantiles que se esfuman a tu espalda.

No muestras los pies por ser mitad pescado como las nereidas o en parte serpiente como Melusina. Tu sonrisa asedia las almas con la persistencia de un remordimiento, y tus manos, como las de la Tofana, deben compo-

ner filtros que produzcan misteriosamente la muerte o enciendan el fuego que ardía en las venas de Tristán. Durante cuatro años, Leonardo de Vinci te pintó con su mano izquierda que era hada usando pinceles brujos y pigmentos envenenados. Quizá ni eres obra suya, pues que permanecía ocioso delante de sus cuadros, sino del diablo que te forjó con colores del infierno, lo mismo que el Cenáculo que por eso muestra incompleta la figura de Cristo.

Pero yo no causarás más torturas con tus demoniacos hechizos ni sacrificarás más holocaustos a tu diabólica coquetería.

Cuando terminó su incongruente discurso el Conde Vladimiro Zobief que sin duda estaba ébrio, arrojó en la enorme chimenea el óleo de la Gioconda, se sirvió otra caña de cham-

pagne y oyendo churriar el aceite de la tela permaneció contemplando su obra nefanda hasta caer desplomado a la vera del fuego.

En el semblante de Mona Lisa, devorado por las llamas purpúreas, brillaba la misma enigmática sonrisa con que escuchaba, cuando era pintada por Leonardo, la orquesta de flautas y de tiorbas que para embelesarla tañía escondida en el parque del Giocondo.

JARDIN ZOOLOGICO

Como no tuviera nada que hacer aquel día después del almuerzo, se me ocurrió ir al Jardín Zoológico, donde la turba de ánima infantil, agrupada enfrente de los cubiles de rejas de hierro, admira a las fieras que se debaten sin reposo o se mantienen inmóviles echando de menos la magnífica libertad de la selva.

Pero antes de partir le pedí a mi criado otra taza de café negro.

Mientras paladeaba el néctar azabachado, reparé en que el parque de Ueno estaba muy lejos y era por demás cómodo mi diván abrumado de

libros y de cojines, donde arrellanado sibiríticamente me dí a imaginar, posando los ojos en una coruscante estofa china sembrada de dragones, y avivando mi fantasía con el obscuro y aromático estimulante.

En el apolíneo parque de laureles de inmarcesibles hojas maqueadas por los rayos febeos y calles espolvoreadas de alabastro, culminando en medio de aterciopelados pradales, se yerguen las estatuas de mármol de los poetas sobre zócalos de pórfido sangriento y de granito color de rosa, y murmura el agua castálida formando cristalinos abalorios al caer sobre risecos de lóbregos basaltos.

Una esfinge guarda la pesada puerta de bronce en cuyos batientes están esculpidos en altorrelieve batallas de Homero y visiones de Dante.

El monstruo de cabeza de mujer y

cuerpo de león que solo franquea los umbrales a quien contesta satisfactoriamente a sus preguntas, clavó en mí sus ojos preñados de arcanos, y no sé si porque estaba de buen humor o por pereza de pensar porque estaba ahito de misterios, me puso el mismo enigma que a Edipo. Al oír mi respuesta lanzó un prolongado bostezo que mostraba el fastidio de un sér que ha vivido más de seis mil años, y cediéndome el paso, se extendió con negligencia en el pórtico solado con teselas de ónices y de jaspes.

Los concurrentes a aquel extraño bestiario son artistas pensativos y silenciosos que no encontrando en la naturaleza modelos que satisfagan su gusto exquisito, concurren allí por espíritu de estudio a buscar sugeriones para alindar los surtidores de las fuentes, las bocas de los arcaduces, las

cariátides de las fachadas, las piernas de los sillones, los brazos de las cornucopias, los marcos de las chimeneas, los broches de los libros, los contornos de las alhajas, el manto del verbo y el ropaje de las estrofas.

Una pareja de toros asirios se paseaba solemnemente entreabriendo sus alas robustas y galleando sus graves cabezas de hombre de barbas anilladas.

El cuello arqueado y el ojo vivo, bebiendo el aire con sus palpitantes ollares y agitando sus alas de águila, piafaba el Pegaso con impaciencia en espera del bizarro ginete que lo rigiera con las bridas de oro. Un centauro melómano pellizcaba su lira septicorde en tanto que un sátiro velludo tañía su zampona de carrizos.

El Cancerbero de cuerpo de mastín que trajo Hércules del infierno, latía

furiosamente mostrando las fauces de sus tres cabezas de bulldog, y el minotauro rumiaba con cachaza su festín de doncellas y de adolescentes. Mientras una quimera aleteaba sin tregua, un baku japonés de cabeza de león, cuerpo de caballo, cola de toro y un cuerno de rinoceronte en la frente, devoraba los restos de una pesadilla. El unicornio daba rienda suelta a su ferocidad que solo se apacigua delante de las vírgenes.

La salamandra que vió Benvenuto Cellini se desperezaba entre las llamas, mientras que el basilisco que es el rey de los ofidios, se mantenía con la cabeza tapada con una caperuza para no dar la muerte con la vista. Entre las lamias que participan de la naturaleza del dragón, se encontraba una mujer de rara hermosura, cuya presencia entre los animales solo pude

explicarme pensando en Melusina que se torna mitad serpiente los viernes.

Las famélicas arpías se devoraban entre sí como si quisieran devorarse; un fénix de maravilloso plumaje que cumplía quinientos años preparaba su pira de perfumes para morir y tornar a la vida, y echado en su nido de metales preciosos se encontraba un grifo de la India que pone huevos de ágata y rastrea los tesoros más ocultos.

En el acuario hacía bullir el agua el leviatán de férreas escamas y fauces humeantes dejando descubiertas las filas de sus dientes terribles; los monstruos Sylá y Caribdis estaban como en acecho de descuidadas triremes; viboreaba el dragón que vuelve invulnerable a quien se bana en su sangre; iba y venía el samebito de

cabeza de hombre que llora rubíes; braceaban los tritones a la zaga de las nereidas y tañían sus liras de cristal las seductoras nereidas de brazos alabastrados.

Súbito el aire se estremeció agitado por agudos baladros, vibrantes relinchos y frémitos amenazadores. Unas fieras gritaban; otras gañían; otras lanzaban resoplidos; estas bufaban y aquellas asobiaban; cuáles latían y cuáles cloqueaban, debatiéndose hambrientas en espera de los domadores, que le llevaran al minotauro su pitanza de carne humana; al leviatán barras de acero; a Caribdis y Sylá tablas de navío; al grifo tejos de oro; al fénix granos de mirra; al baku su cena de pesadillas y a la esfinge su ración de misterios.